



El editor como vampiro

Pradera fue ante todo un editor, atento a ideas, libros y autores, con la mirada puesta en la conquista y defensa de las libertades.

MIGUEL AGUILAR

A JP, EN PAGO DE UNA DEUDA

En un ensayo titulado “El mundo que hemos perdido”, que sirve de prólogo a su libro *Sobre el olvidado siglo XX*, Tony Judt¹ sostiene que de todas las transformaciones de las últimas tres décadas la más sintomática quizá sea la desaparición de los intelectuales, ya que “el siglo XX fue el siglo del intelectual”. Para Judt, la figura del intelectual es uno de los motivos de orgullo del siglo pasado, pese a todas las críticas que se le pueden hacer. Y el tipo que considera más emblemático es el que define como el “desarraigado viajero del siglo”, cuya trayectoria típica va del compromiso político o ideológico tras la Revolución rusa de 1917 a un escepticismo cansado, compatible con una especie de liberalismo desengañado y pesimista y opuesto a

¹Judt, Tony, *Sobre el olvidado siglo XX*, Taurus, Madrid, 2012.

cualquier lealtad nacional o ideológica. En su mayoría, estos viajeros del siglo eran judíos.

Con los necesarios ajustes religiosos y cronológicos, Javier Pradera representa una versión española de ese tipo humano. El acontecimiento crucial de su vida no fue la Revolución rusa, aunque bebió de esa fuente, ni el auge de los fascismos, ni la Segunda Guerra Mundial, sino la variante española de los tumultuosos años treinta: la Guerra Civil y los cuarenta años de dictadura que siguieron. Hijo de una ilustre familia de la derecha vasca, y huérfano de guerra (su padre y su abuelo fueron fusilados por los republicanos antes de evacuar San Sebastián en septiembre de 1936), para eludir elogios solía recordar que había sido católico con Pacelli y comunista con Stalin. Pero abandonó el PCE tras la salida de Jorge Semprún y Fernando Claudín a mediados de los sesenta y desde entonces su perfil coincide bastante bien con el apuntado por Judt: un socialdemócrata escéptico que centró su inteligencia y su talento en la conquista y la defensa de las libertades a través de la edición de libros y del periodismo.

Su tarea en el diario *El País*, como jefe de opinión en la redacción fundadora y luego desde 1986 como analista, columnista y miembro del Consejo Editorial, es más reciente y conocida. Baste decir que si ese periódico fue el “intelectual colectivo” de la Transición, Pradera significaba un porcentaje muy alto de esa colectividad. Sin embargo, pese a trabajar treinta y seis años en el diario más importante de España, cuesta verle como periodista. Al menos como un periodista en la estela de Dutton Peabody en *El hombre que mató a Liberty Valance* o Hildy Johnson en *Primera plana*: lo que se suele llamar “un periodista de raza”. En todo ese tiempo, cabe afirmar sin equivocarse mucho que siguió en lo que probablemente era su principal vocación, la edición.

La carrera de Pradera como editor arranca de una incompatibilidad manifiesta: en la España de Franco no se podía ser miembro del servicio jurídico del Ejército del Aire (la oposición que había obtenido) y disidente comunista. De hecho, tras su detención por los sucesos de 1956 en la Universidad Complutense, podía ser muy pocas cosas. Su apellido, con un padre y un abuelo muertos en la guerra y un tío Vicesecretario

General del Movimiento, probablemente le salvó de problemas mayores, pero quedó inhabilitado para ejercer la abogacía y la enseñanza, las actividades por las que mostraba mayor interés. Así las cosas, la oportunidad de trabajar en la Editorial Tecnos, de la que era socio el padre de su amigo Gabriel Tortella, debió de ser irrechazable.

De Tecnos pronto fue reclutado por el Fondo de Cultura Económica, la gran editorial mexicana con una fuerte presencia del exilio republicano, que buscaba abrir una sucursal en España tras las que ya tenía en Buenos Aires, Lima, Santiago, Montevideo, Caracas y Sao Paulo. Allí estableció una sólida relación con Arnaldo Orfila, el mítico editor mexicano, hasta el punto que tras la salida de Orfila de la dirección por una burda maniobra política del PRI, Pradera renunció a su cargo. Era 1967, y afortunadamente las cosas empezaban a cambiar en España. La censura, que empezaba a suavizarse, había dejado grandes huecos en la producción editorial. Además, el crecimiento económico y el aumento de la población escolar de enseñanza media y universitaria impulsaban la demanda de libros. Recogiendo ese espíritu y algunas ideas propias y otras de Jaime Salinas, que tras dejar Barcelona y Seix Barral tenía ganas de montar en España un sello potente de bolsillo para divulgar las grandes obras de la literatura y el ensayo, José Ortega lanzó Alianza Editorial y fichó a Pradera. El reparto fue sencillo, Salinas se encargaba de la literatura y de Alianza Tres, Javier del ensayo y de Alianza Universidad, además de cuidar la parte empresarial. Las obras que irían apareciendo en las distintas secciones, historia, pensamiento político, economía, filosofía, ciencia, siempre a precios asequibles, recorren el mismo espacio intelectual que más tarde ocuparía *El País*, y sentaron las bases de la cultura política de la Transición². El catálogo que construyeron entre los dos, vestido por las revolucionarias portadas de Daniel Gil, produce asombro aun hoy. Sin embargo, en 1989 el grupo Anaya de Germán Sánchez Ruipérez, muy centrado hasta entonces en el libro de texto, compró la mayoría de la editorial y Pradera se fue. En la fundación

² Vila-Sanjuán, Sergio, *Pasando página, autores y editores en la España democrática*, pág. 94. Destino, Barcelona, 2003.

al año siguiente de la revista de pensamiento *Claves de Razón Práctica* se puede ver quizá un intento de llenar esa vocación.

Pero ¿qué tipo de editor era Pradera? En el mundo editorial, tan poblado de letraheridos, abundan las autodefiniciones y las metáforas más o menos afortunadas y más o menos ilustrativas. Así se habla del editor como partera, ayudando al nacimiento de los libros; del editor como tendero, lucrándose del talento ajeno; del editor como mecenas, dando de comer a los poetas. A Pradera, sin embargo, le gustaba una definición muy gráfica y algo sanguinolenta: el editor como vampiro, siempre a la caza de ideas nuevas, siempre rodeado de gente de la que poder sacar libros, autores, conceptos, información. El editor estaría así siempre atento, olfateando el entorno en busca de proyectos, de iniciativas, de material que pudiera desembocar en un libro, de lecturas ajenas de autores interesantes, de ideas o argumentaciones en estado tan temprano de formulación que quien las expresaba no era consciente de su potencial. Citas, recomendaciones, proyectos más o menos vagos: todo sirve, o mejor dicho, todo puede servir. En *Pasando página. Autores y editores en la España democrática*, el documentado libro de Sergio Vila-Sanjuán, dos asuntos dominan las frecuentes menciones a Pradera. Primero, la red de contactos y amistades. Segundo, los proyectos que capta y que alienta, tanto de autores consagrados como Luis Ángel Rojo o Miguel Artola como de (entonces) jóvenes profesores como Fernando Vallespín. La relación que muchos años después y desde *Claves* entablaría con autores como Ignacio Sánchez-Cuenca o Juan Antonio Rivera (por citar dos nombres) reproduce bastante bien la dinámica del vampiro sediento de ideas frescas.

Esa capacidad de discernir la valía de un texto o un discurso más allá del aura que le acompaña es una de las virtudes fundamentales, cabría decir que un requisito básico de cualquier editor serio, y Pradera la tenía en grado sumo. Escuchaba y leía más allá de lo inmediato, y era capaz de defender la expresión torpe de una idea buena, y en ocasiones, incluso una buena voluntad defectuosa tanto en expresión, como en idea. No ejercía su magisterio editorial de manera directa, consciente o inconscientemente aplicaba siempre, y no solo en esto, la estrategia de la aproximación indirecta que con tanto provecho estudió Liddell Hart.

Sostenía que uno sólo puede hablar a partir de su experiencia propia, y pretendía no generalizar. Tras exponer su opinión sobre un caso, basada en una experiencia, su interlocutor debía aplicar los principios generales a la situación concreta. Aunque en esta armazón lógica también se colaban mandamientos más sintéticos que obraban como admoniciones incontestables. “No pienses que has leído un libro sólo por haberlo publicado” sentencia que todo editor debería tener siempre presente, es una favorita personal. Todo aderezado con dosis industriales de ironía.

Sin embargo, en ocasiones sí se atrevía a generalizar, incluso a identificar rasgos comunes al oficio. Fruto de su carrera y de la reflexión personal, sus apuntes sobre el sector editorial, sobre todo conferencias y artículos de finales de los noventa y comienzos de la década de 2000, son de una lucidez y una vigencia asombrosas. A la hora de elaborar un retrato robot del editor, en una conferencia dictada en Santander en julio de 2001 decía:

En primer lugar, interés selectivo en sus órdenes personales de preferencia como actores racionales a favor de la difusión del conocimiento y de la cultura; ese lugar de primogenitura en el orden de preferencias no excluye, por supuesto, otras muchas muy respetables aunque no tan ejemplares, desde el gusto por la buena vida hasta la vanidad o incluso el deseo de crear por persona interpuesta. En segundo lugar, la capacidad de allegar y organizar recursos, esto es, de formar una empresa para poner en marcha esa llamada vocacional. En tercer lugar, un mínimo proyecto cultural, utilizando el término “proyecto” en sentido débil y con el significado megalómano de transformar el mundo. En cuarto lugar, la capacidad para armonizar sus gustos personales y las líneas generales de ese proyecto con la demanda social no sólo actual sino también potencial, esto es, no sólo para satisfacer las necesidades de hoy sino también para adelantarse y para conformar los deseos de mañana. En quinto lugar, una capacidad para discriminar y seleccionar entre la oferta existente, esto es, para apostar por autores, corrientes y géneros. En sexto lugar, disponer de la imaginación suficiente para hacer llegar esa oferta mediada por su catálogo a una demanda seleccionada por su proyecto. En séptimo lugar, saber administrar los recursos humanos y materiales a su disposición para hacer viable y perdurable su empresa.

Unos meses antes, con motivo del 25 aniversario del diario *El País*, escribió un artículo sobre los cambios en el mundo editorial en ese pe-

riodo. Es un hermoso lamento que se niega a ser lamento al encontrar en Internet (¡en el año 2001!) una fuente de esperanza: “Porque mientras la división del trabajo remuneraba a las gentes dedicadas a buscar o encargar originales, elegir obras en función de los criterios y de los gustos propios, reunir esa cosecha en un catálogo y disponer de autoridad suficiente para prescribir su lectura a eventuales compradores seguirán existiendo los editores, habiten en la Galaxia Gutenberg o en la Galaxia Marconi”.

Pradera añoraba una manera de entender la edición que llegó a describir con detalle en la conferencia de Santander: “la definición del libro a la vez como un bien cultural y como una mercancía, la concepción integral del trabajo editorial, la preocupación por equilibrar dentro del catálogo las exigencias del corto plazo y las apuestas por el largo plazo, la búsqueda no sólo de ganancias económicas sino también de gratificaciones psicológicas y morales, la negativa a optimizar las ventas a costa del proyecto cultural”. En su ideario, “para el editor de viejo estilo, el libro era a la vez un producto comercial y una creación cultural, un bien de cambio y un bien de uso; para seguir con las analogías marxianas, el profesional de ese oficio aspiraba a superar las barreras erigidas por la división del trabajo: aunque no lograra ser por la mañana labriego, al mediodía cazador y por la tarde artesano, al menos intervenía en todas las fases de fabricación y venta de los libros”³. Consciente “que todo el mundo debe estar siempre alertado sobre los peligros inherentes a la irresistible tendencia de cualquiera a confundir la decadencia de su propio mundo personal con la decadencia de la humanidad”, confiaba en que “esa tradición sigue teniendo hoy día herederos que respetan los mandamientos del oficio entendido a la vieja usanza”⁴. Esa necesidad de no perder la perspectiva le llevaba por ejemplo a interesarse siempre por las jóvenes editoriales, sus planes e iniciativas, en busca quizá de motivos para la esperanza de que perviviera esa idea del oficio.

Muchos de los problemas y las tendencias preocupantes que recogía en esas conferencias de hace más de diez años se mantienen, agrava-

das. La concentración de ventas en pocos títulos, la reducción de las tiradas medias, la crisis económica, la crisis del sector librero, que en los últimos años es dramática, la transición digital, y la cada vez más encarnizada lucha con otros modos de ocio y de comunicación. Sin embargo, creo que un paseo por una buena librería en una capital española le devolvería algo de optimismo. Podría ver libros muy diversos en buenas ediciones, publicados claramente con un criterio más cultural que comercial. Podría notar el esfuerzo por hacer llegar al público español las ideas y los debates más importantes de fuera y difundir el pensamiento generado aquí. Y aunque él se resistiera a verlo así, una buena parte de eso se debe a que además de vampiro él mismo también nutrió con su ejemplo y con sus ideas a mucha gente, no sólo en el qué, también en el cómo.

La integridad de Pradera le llevó a dejar el PCE tras la expulsión de Semprún y Claudín; a abandonar el FCE tras el montaje para despedir a Orfila; a dimitir como jefe de Opinión de *El País* a cuenta del referéndum sobre la OTAN; a dejar Alianza Editorial cuando sintió que ya no podría trabajar a gusto; a salir del Consejo de administración de Prisa cuando pensó que el rumbo era equivocado. Todas esas decisiones le costaron dinero y energía. En un país donde muy poca gente deja un cargo voluntariamente, este historial merece casi un monumento. Sumado a su rigor, inteligencia, sentido de la realidad y capacidad de análisis, el gremio de editores tiene motivos más que sobrados para felicitarse por esa lejana inhabilitación que truncó la carrera de un jurista. En un pasaje citado con frecuencia, Goethe afirma que los editores son todos hijos del diablo y que en algún lugar debe haber un infierno especial para ellos. Es consolador pensar que allí está ya Pradera, frente a una gran pantalla para ver el fútbol, con una fabulosa colección de anécdotas para ilustrar cualquier tema y rodeado de las mejores cabezas del averno, por si a alguna se le escapa alguna idea aprovechable.



³ *Ibid.*

⁴ Edición sin editores, conferencia dictada en Santander, julio 2001.